

bólico” (pp. 136-149); F. Pérez-Borbujo, “Del abandono del límite mental al ser del límite: la herencia de Leonardo Polo en Eugenio Triás” (pp. 151-164).

El volumen II de esta publicación, comprende, además de la ‘Presentación’ de J. A. García (p. 9), los siguientes trabajos:

G. Alonso Bastarreche, “Desde la fenomenología del arrepentimiento de Scheler a la inobjetividad de la persona” (pp. 11-45); D. H. Castañeda, “La teoría del conocimiento en la jurisprudencia: la prueba judicial en el derecho romano” (pp. 47-83); R. Corazón, “Leonardo Polo: una filosofía a la altura histórica de nuestro tiempo” (pp. 85-92); S. Fernández, “Libertad y voluntad en Polo y en Hobbes” (pp. 93-100); U. Ferrer, “Acción, cultura e historia” (pp. 101-112); F. Haya, “La aporética de la voluntad” (pp. 113-129); J. J. Padial, “Leonardo Polo y el proyecto kantiano de una *Antropología Trascendentalis*” (pp. 131-142); A. Segura, “Los trascendentales antropológicos en Leonardo Polo” (pp. 143-159); A. Vargas, “El carácter de *sólo*: una teoría antropológica de la desesperación” (pp. 161-199); G. Castillo, “¿Vivir para morir o morir para vivir? Hombre mortal, alma inmortal y vida eterna” (pp. 201-213); A. Sánchez León, “Ratzinger y Polo. Dos pensadores a la altura de nuestro tiempo” (pp. 216-224); M. M. Villanueva, “La condición ética del ser humano, según los criterios filosóficos de Polo” (pp. 225-240).

J. F. Sellés  
jfselles@unav.es

---

**Rafael Corazón, *La idea de ente. El objeto de la metafísica en la filosofía de Leonardo Polo***

Cuaderno de Anuario Filosófico, Serie Pensamiento Español, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 2014, 129 pp.

En el presente trabajo Rafael Corazón expone un estudio pormenorizado y riguroso del objeto propio de la metafísica, el ente, desde el particular método que propone Leonardo Polo, el cual vertebra toda su filosofía. No basta con afirmar, declara el autor en la *Introducción*, que la metafísica estudia el ente, sino que es preciso además, saber “qué se entiende por ente, cómo se forma esta noción y, sobre todo, si realmente tiene alcance trascendental” (p. 9). La importancia y necesidad de abordar dicha cuestión responde en bue-

na medida al intento de dar respuesta a los problemas que a lo largo de la historia de la filosofía ha supuesto para la metafísica su propio objeto; en efecto, si se hace un breve repaso a la historia de la Ciencia Primera, es posible apreciar cómo la comprensión del ente se ha situado en muchos autores en el límite entre lo categorial y lo trascendental, entre lo ideal y lo real. De manera que, si la metafísica se aproxima a la lógica modal, pierde la realidad, deja de ser “conocimiento” de la realidad para pasar a ser una “teoría” sobre el ente.

Ante esta dificultad, por otra parte siempre presente, Leonardo Polo sitúa la solución en la determinación del modo correcto para conocer la realidad. Para ello, plantea un nuevo modo de hacer metafísica, es decir, un nuevo acceso al ser, que de entrada impide por principio que éste se pueda “razonar”. Si la metafísica tiene como objeto lo trascendental, y lo trascendental no se conoce mediante el conocimiento objetivo, la especulación filosófica debe encontrar el modo adecuado de acceder a su objeto propio, el cual no es objetivable, porque no es categorial sino trascendental. Sólo así se despejarán las aporías de la metafísica objetivista, dando paso a un nuevo horizonte: el de una metafísica capaz de acceder y describir el ‘*actus essendi*’.

Para la explicación de este nuevo método metafísico, y el horizonte que abre a la misma metafísica, el autor divide la obra en tres partes. En la primera aborda la noción de *ente*, cuya intelección, aun siendo lo primero conocido, no está exenta de dificultades. La principal de ellas podría formularse de la siguiente manera: ¿qué le sucede a la noción de ser cuando la existencia actual es eliminada de su comprensión –lo que ocurre cuando dicha noción pasa a ser un concepto lógico–? Pues que la existencia como tal, el *acto de ser*, se torna ininteligible, ya que sólo se accede a él a través de la esencia. Desde la abstracción lo más que se puede decir del ser es que lo es del ente; desde el conocimiento objetivo sólo se puede conocer que el ente existe, pero no se puede conocer la existencia o el acto de ser, puesto que en la objetivación el ser solo se muestra como ser de un sujeto. De lo cual se puede concluir que, en rigor, si se entiende la totalidad o el más alto nivel de conocimiento como conocimiento por abstracción, es la esencia –las *quiddidades*– y no el ser, lo que es el objeto propio del entendimiento, en la medida en que éste no abandone el límite que le impone la abstracción.

En suma, el planteamiento poliano afirma que, si bien la ‘*separatio*’ tiene un papel fundamental a la hora de conocer el ente, no es en modo alguno el acto mediante el cual se lo conoce: “Mediante el conocimiento objetivo se pierde la actividad, el ser y la causalidad” (p. 39). Mientras no se abandone la

*presencia mental* el objeto propio del entendimiento es la esencia de las realidades sensibles. Por eso, para conocer el acto de ser, es preciso abandonar el *límite*; sólo así el entendimiento conocerá al ente, y éste será lo primero conocido, ya que el nombre de ente se toma del acto de ser, no de la esencia, y éste no se conoce por medio de la objetivación.

Sin embargo, lejos de quedar paralizado ante este aparente callejón sin salida, Leonardo Polo vuelve a preguntarse cómo se puede conocer el *acto de ser*. Ya el modo de plantear la cuestión da por sentado que hay una vía, puesto que el conocimiento objetivo –la abstracción– no es en modo alguno el único acto intelectual del que es capaz el entendimiento humano. A exponer cómo responde esta crucial pregunta la metafísica poliana dedica Rafael Corazón la segunda parte de este trabajo. Su respuesta es del todo novedosa a la vez que coherente con lo anteriormente indicado, puesto que si el acto de ser, por no ser quiditativo no puede ser objetivado, entonces en rigor no puede ser “pensado”, sino sólo advertido como acto. Con palabras del mismo Polo, “el acto como existente es, sin más, lo conocido como acto” (L. Polo, *El ser*, p. 149), es decir, es lo conocido como pura actividad, sin necesidad de sujeto de ningún tipo, ni de algo que lo “reciba”, pues en la medida en que lo necesitará para ser conocido el acto mismo estaría de sobra ya que el sujeto existiría, incluso aunque ambos fueran simultáneos, además de que eso supondría que el sujeto estaría supuesto. Por lo que el conocimiento del sujeto y del mismo acto que le otorga la existencia volvería al ámbito ideal. Nos encontramos en el núcleo mismo de la metafísica poliana, ya que, afirma Polo, si bien el acto de ser no puede ser pensado –ideado–, puesto que carece de notas o predicados, sin embargo, sí puede ser descrito, sin necesidad de recurrir a un sujeto. Y ésta es su descripción del acto de ser: “comienzo que ni cesa ni es seguido” (R. Corazón, *La idea de ente*, p. 42). La pregunta inmediata que el entendimiento objetivo hace ante esta descripción –que no definición– del acto de ser, es plantear qué es lo que comienza, lo que llevaría de nuevo al entendimiento del acto de ser al terreno de lo ideal. Por eso, insiste Leonardo Polo, es preciso concentrar la atención en el acto mismo, hasta advertir que el conocimiento del acto es el tema de la *persistencia* del acto, su valor existencial, más allá del despliegue de dicho acto en muchos.

Sin embargo, a pesar de lo escueto de la descripción del acto de ser, por ella podemos advertir que el ser es *creado*, puesto que ser “comienzo que ni cesa ni es seguido” no es más que la expresión de su falta de consumación, es decir, su finitud. Lo que equivale a decir que, como persistente, el ser depen-

de absolutamente de Dios como criatura. Además, advertir el ser como principio o comienzo es advertirlo como *trascendental*: el ser como principio equivale por lo tanto a los primeros principios, no a las causas predicamentales, que son la esencia. Entender el ser como principio es fundamentalmente entender el ser como principiar, una novedad radical, que, por lo tanto, se distingue de forma radical del principio en sentido absoluto. Principiar es propio de lo que comienza radicalmente. Pero el Origen, Dios, no comienza –dirá Polo–. Por eso, como distinto del ser increado, otro modo de describir el ser sería el siguiente: “la persistencia se entiende como actividad en tanto que visión metafísica del movimiento. La existencia creada es el movimiento” (L. Polo, *El ser*, p. 155). Y a su vez el movimiento se describe como “la realidad de la secuencia del antes y el después” (*Ibidem*, p. 163). Lo que no quiere decir que la realidad de la secuencia sea temporal, ya que esta realidad no se lleva a cabo en el tiempo –el tiempo no preexiste, ni la idea de duración es exigida en esta descripción–. Como criatura, el “antes” de la descripción del ser como movimiento significa precisamente la ausencia de antecendencia propia de la creación, carencia que expresa su radical finitud; finitud que en sentido positivo expresa el “después” de la descripción, el cual supone la ganancia radical y absoluta que es, para el ser, ser creado.

Desde este planteamiento, Leonardo Polo propone abordar la esencia como el “análisis pasivo del acto de ser, pero no un análisis lógico sino real” (R. Corazón, *La idea de ente*, p. 52). Si el ser es principio, y éste se distingue realmente de la esencia, en rigor, no puede hablarse ya de ser y de esencia como coprincipios del ente, porque entonces el ser dejaría de ser primer principio; de modo que, “si el acto de ser es primer principio, la esencia es coprincipiación no primera, o coprincipiación predicamental” (L. Polo, *El conocimiento del universo físico*, p. 425). Visto así, quedan resueltas las múltiples aporías que surgen al intentar explicar la relación entre el ser y la esencia a partir de la noción de ente, es decir, cuando se afirma que lo real es el ente, no el ser. No hay dos existencias, la esencia en cuanto esencia y el acto de ser; ni tampoco es válido hacer del acto de ser el ser de la esencia –como ocurre con la noción de ente–, de forma que la esencia pasa a ser un accidente con respecto al ser, por el que es; pero tampoco se debe hacer al revés, y situar a la esencia como sujeto o receptor del ser, que lo restringe pero le permite ser realmente, al constituir ambos al ente. Este planteamiento permite que la noción de ente no sea necesaria, dado que al abandonar el límite que impone la abstracción, la presencia de un sujeto es innecesaria.

Así entendido, el acto de ser, que no puede ser objetivado pero sí conocido, lo es por medio de un acto cognitivo superior a los actos que conocen objetos, y eso es un hábito –dirá Polo siguiendo en este punto el pensamiento tomista–. Como el Aquinate, Polo atribuye el conocimiento del ‘*esse*’ al hábito de los primeros principios. Éste es el ámbito gnoseológico adecuado del conocimiento de lo trascendental que se distingue de la idea de ente. Rafael Corazón dedica la tercera parte precisamente a exponer la fundamental distinción que hay entre la noción de ente como *idea simbólica* y los primeros principios como el objeto propio de la metafísica, por ser estos últimos los que se sitúan en el ámbito trascendental.

Para Leonardo Polo, si bien la metafísica abordada desde el conocimiento objetivo es verdadera metafísica, dado que es el único modo que tiene de pensar el ser el conocimiento objetivo, y no lleva necesariamente a un esencialismo, ya que desde él es posible distinguir al ser de la esencia, se trata de una metafísica que concluye antes de tiempo. Al no poder alcanzar desde la objetivación el *acto de ser* lo da por supuesto, y a partir de ahí se centra en el estudio de la sustancia. Por tanto, para Polo, “ni la metafísica es el estudio del ente en cuanto ente, ni es cierto que el acto de ser no pueda ser conocido sino sólo afirmado o negado” (R. Corazón, *La idea de ente*, p. 127). Detectar el límite mental del conocimiento objetivo de tal manera que quepa poder abandonarlo constituye un modo de llegar a una nueva temática que el conocimiento objetivo ignora. Por eso, como concluye Rafael Corazón, el método propuesto por Polo “encierra muchas virtualidades y, desde luego, no supone una ruptura o un hiato entre la metafísica y la antropología” (*Ibidem*, p. 129). Este método permite ahondar en la noción de sustancia, en la medida en que dicha noción pone de relieve lo peculiar de la realidad considerada en su profundidad, advirtiéndolo, sin embargo, que lo definitivamente radical no es la *ousía*, sino la *persona*. Para Leonardo Polo, por tanto, la persona es una ampliación de la filosofía en lo más propiamente suyo: la consideración de lo radical. El gran tema de la filosofía es lo primordial, por eso, “la ampliación de lo trascendental es el mejor modo de aprovechar la distinción real entre el acto de ser y la esencia, y de empezar a justificar dicha doctrina tomista, que debe ser válida por completo en el orden trascendental creado” (L. Polo, *Antropología trascendental*, I, pp. 76-77).

Juliana Peiró Pérez  
mjulianapeiro@gmail.com